



[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

Título original: DER KLEINE VAMPIR  
© Del texto: 1979, ANGELA SOMMER-BODENBURG  
© De las ilustraciones: 1979, AMELIE GLIENKE  
© De la edición:  
2013, EDITORIAL SANTILLANA, S.A. de C. V.  
Av. Río Mixcoac 274, Colonia Acacias  
03240, México, D.F.  
© De esta edición (revisada y corregida):  
2017, EDICIONES SANTILLANA S.A.  
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-5238-0  
Hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: abril de 2017

Dirección editorial: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA  
Ilustraciones: AMELIE GLIENKE

Dirección de arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN  
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Sommer-Bodenburg, Angela  
El pequeño vampiro / Angela Sommer-Bodenburg. - 1a ed. - Ciudad  
Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2017.  
216 p. ; 20 x 14 cm. - (Naranja)

ISBN 978-950-46-5238-0

1. Narrativa Infantil Alemana. I. Título.  
CDD 833.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 3000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR  
EN EL MES DE ABRIL DE 2017 EN ARTES GRÁFICAS COLOR EFE, PASO 192,  
AVELLANEDA, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

# El pequeño vampiro

Angela Sommer-Bodenburg

Ilustraciones de Amelie Glienke

loqueleg

*Este libro es para Burghardt Bodenbug, quien con sus blandos dientes nunca podría llegar a ser un vampiro, y para Ada-Verena Gass, que domina magistralmente la mirada del vampiro y, además, para Katja, que sabe gritar “¡Ayyy, un vampiro!” de forma admirable, ¡y para todos aquellos a los que les gusta tanto como a mí leer historias de vampiros!*

ANGELA SOMMER-BODENBURG

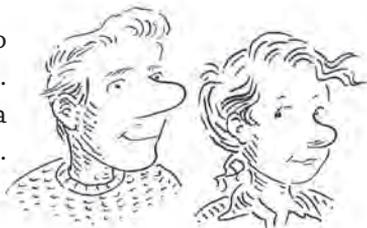


# Personajes



A **Anton** le gusta leer historias emocionantes y espantosas, especialmente, las de vampiros, de cuyas costumbres está totalmente al corriente.

Los **padres de Anton** no creen del todo en los vampiros. Su padre trabaja en una oficina y su madre es maestra.



**Rüdiger** es el pequeño vampiro desde hace al menos 150 años, y es pequeño porque se convirtió en uno de ellos cuando era niño. Anton lo conoció un día en que se encontraba solo en casa. Anton temblaba de miedo, pero el pequeño vampiro le aseguró que ya había “comido”. Es más, le cayó muy bien después de que Rüdiger le confesara su predilección por las historias de vampiros y su temor a la oscuridad. Por si fuera poco, Rüdiger le regaló a Anton una capa, y juntos volaron hacia el cementerio y la cripta Schlotterstein. Desde ese momento, la monótona vida de Anton se transformó y se volvió emocionante.



**Anna** es la hermana de Rüdiger..., su hermana “pequeña”, como a él le gusta resaltar. Pero Anna es casi tan fuerte como Rüdiger, solo que más valiente y decidida. También a ella le gusta leer historias espeluznantes.



**Tía Dorothee** es la vampiresa más sanguinaria de todos. Encontrarse con ella después de ponerse el sol puede resultar mortalmente peligroso.



**Lumpi el Fuerte**, hermano mayor de Rüdiger, es un vampiro muy irascible. Su voz, a veces grave, a veces chillona, demuestra que él se encuentra en los años de crecimiento. Lo único malo es que no saldrá nunca de este difícil estado, porque se convirtió en vampiro durante la pubertad.



**Geiermeier** es el guardián del cementerio y persigue a los vampiros.

## La cosa en la ventana

9

Era sábado: el día en que sus padres salían de casa por la noche.

—¿Adónde irán hoy? —quiso saber Anton por la tarde, cuando su madre se estaba poniendo los rizadores en el baño.

—Ah —dijo la madre—: primero vamos a cenar y luego, quizá, a bailar.

—¿Cómo que “quizá”? —preguntó Anton.

—No lo sabemos todavía —le dijo la madre—. ¿Acaso es tan importante para ti?

—Nooo —gruñó Anton. Prefería no confesar que quería ver la película policial que empezaba a las once. Pero su madre ya había sospechado.

—Anton —dijo volviéndose de tal manera que podía mirarlo fijamente a los ojos—: no querrás, por casualidad, ver la televisión...

—Pero, mamá —exclamó Anton—, ¿cómo se te puede ocurrir eso?

Afortunadamente, su madre había vuelto a la tarea de rizarse el pelo, de modo que ya no podía ver cómo el rostro de Anton se ponía colorado.

—Quizá vayamos también al cine —dijo ella—. En todo caso, no volveremos antes de medianoche.

10

Se había hecho de noche y Anton estaba solo en la casa. Estaba en pijama, sentado en la cama; se había subido el edredón hasta la barbilla y leía *La verdad sobre Frankenstein*. La historia sucedía en una feria anual. Un hombre con un abrigo negro ondeante acababa de salir a escena para anunciar el nacimiento del monstruo. Entonces sonó el despertador. Molesto, Anton levantó la vista de su libro. ¡Oh! ¡Ya casi son las once!, quedaba el tiempo justo para encender la televisión.

Anton saltó de la cama y prendió la televisión con el control remoto. Entonces volvió a arrellanarse en su edredón y esperó a que, lentamente, apareciera la imagen. Pero aún no terminaba el programa deportivo. La habitación estaba bastante lóbrega y sombría. King-Kong, en el póster de la pared, hacía una mueca horrenda que iba bien con el estado

de ánimo de Anton: se sentía salvaje y abandonado, como el único superviviente de una catástrofe marítima, náufrago en una isla del sur habitada por caníbales. Y la cama era su madriguera, suave y cálida, y si quería podía esconderse en ella y no dejarse ver. Había un montón de víveres delante de la entrada de la cueva; solo faltaba el agua. Anton pensó con avidez en la botella de jugo de manzana que había en el refrigerador, ¡pero el camino hasta allá era largo, a través del oscuro pasillo! ¿Debería regresar nadando al barco, pasando al lado de los tiburones sedientos de sangre que solo esperaban a sus víctimas? ¡¡¡Uyyy!!! Pero ¿no morían los náufragos mucho más por la sed que por el hambre?

11

Por tanto, se puso en marcha. ¡Odiaba el pasillo, con la lámpara eternamente rota que nadie reparaba! ¡Odiaba los abrigos que se balanceaban en el ropero y que parecían ahogados! Y ahora le daba miedo incluso la liebre disecada del cuarto de trabajo de su madre, a pesar de que otras veces a él le encantaba asustar con ella a otros niños.

Finalmente había llegado a la cocina. Sacó del refrigerador la botella de jugo de manzana y cortó una gruesa rebanada de queso. Mientras, escuchaba

con atención por si había comenzado la película policial. Oyó una voz de mujer. Probablemente la presentadora que anunciaba el comienzo de la película. Anton se puso la botella bajo el brazo y echó a correr.

12 Pero no llegó lejos, porque cuando ya estaba en el pasillo de repente advirtió que había algo que no estaba bien. Se quedó parado y escuchó atentamente... y de pronto supo lo que era: ¡ya no oía la voz de la televisión! Eso solo podía significar una cosa: ¡alguien debía de haberse colado en su habitación y había apagado la televisión! Anton notó cómo el corazón le daba un salto y después le latía como loco. Y desde el estómago le subía hacia arriba un extraño hormigueo que se le quedaba en la garganta. Ante él surgieron imágenes horrosas: ¡imágenes de hombres con medias en la cabeza, con cuchillos y pistolas, que se introducían de noche en casas abandonadas para saquearlas y que tiraban al suelo lo que se interponía en su camino! La ventana de la habitación estaba abierta, recordó Anton. El ladrón podía, pues, haber trepado desde el balcón de los vecinos.

De repente se oyó un ruido: la botella de jugo de manzana se le había caído y había rodado por el pasillo justo hasta la puerta de la habitación. Anton contuvo la respiración y esperó... pero no pasó nada. ¿Acaso lo del ladrón eran solo figuraciones suyas? Pero entonces ¿por qué ya no funcionaba la televisión?

Levantó la botella y abrió cautelosamente la puerta de su habitación. Hasta su nariz llegó un olor curioso, raro, como el del moho, o como si se hubiera quemado algo. ¿Vendría de la televisión? La desenchufó rápidamente. Probablemente se habían quemado los cables.

Entonces Anton oyó un extraño crujido que parecía venir de la ventana. Y de pronto creyó ver detrás de las cortinas una sombra que se perfilaba en la clara luz de la luna. Muy lentamente, con las rodillas temblándole, se aproximó de puntillas. El extraño olor se hizo más fuerte; olía como si alguien hubiera quemado una caja de fósforos entera. También el crujido se hizo más fuerte. De repente, Anton se quedó parado como si hubiera echado raíces: en el alféizar de la ventana, delante de las cortinas que

se agitaban con la corriente de aire, estaba sentado alguien que lo miraba fijamente. Tenía un aspecto tan horrible que Anton pensó que moriría. Dos ojos pequeños e inyectados de sangre relampagueaban frente a él, enmarcados por un rostro blanco como la cal; una cabellera peluda le colgaba en largos mechones hasta una capa negra y sucia.

La gigantesca boca, roja como la sangre, se abría y se cerraba, y los dientes, que eran extraordinariamente blancos y afilados como puñales, entrechocaban con un rechinado atroz. A Anton se le erizó el pelo y se le detuvo la sangre en las venas.

¡La cosa de la ventana era peor que King-Kong, peor que Frankenstein



y peor que Drácula! ¡Era lo más espantoso que Anton había visto jamás!

A la cosa parecía divertirse ver temblar a Anton presa de un miedo de muerte, pues hizo una mueca horrorosa con su gigantesca boca, con lo cual dejó completamente al descubierto sus colmillos, agudos como agujas y muy salientes.

—¡Un vampiro! —gritó Anton.

15

Y la cosa contestó con una voz que parecía salir de las más lóbregas profundidades de la Tierra:

—¡Sí, señor, un vampiro! —y de un salto ya estaba en la habitación, colocándose delante de la puerta—. ¿Tienes miedo? —preguntó.

Anton no pudo articular ni un sonido.

—¡Pues estás bastante flacucho! No hay mucho que exprimir, creo yo —el vampiro lo examinó con una mirada salvaje—. ¿Y dónde están tus padres?

—En el ci... cine —tartamudeó Anton.

—Vaya, vaya. Y tu padre, ¿está sano? ¿Tiene buena sangre?

Al decir esto, el vampiro se rio para sí y Anton vio brillar los colmillos a la luz de la luna.

—¡Como tú seguramente sabes, nosotros nos alimentamos de sangre!

—Yo tengo una sangre muy ma-mala —tartamudeó Anton—. Siempre tengo que tomar pa-pastillas.

—¡Pobre de ti! —el vampiro dio un paso hacia Anton—. ¿Eso es verdad?

—¡No me toques! —gritó Anton, intentando hacerse a un lado. Chocó precisamente con la bolsa de los ositos de goma que estaba delante de su cama y estos rodaron por la alfombra. El vampiro soltó una ruidosa carcajada. Sonó como un trueno.

—Mira, ositos de goma —exclamó, apaciguándose—, ¡qué lindo! —agarró uno—. Antes yo también tenía siempre algunos —susurró—, de mi abuela.

Se metió el osito de goma en la boca y lo masticó de un lado a otro durante un rato. De repente lo escupió, lanzándolo lejos, y empezó a dar graznidos y a toser. Al mismo tiempo profería las más espantosas palabras y maldiciones. Anton aprovechó la ocasión para refugiarse detrás del escritorio. Pero el vampiro se había quedado tan débil por el ataque de tos que se hundió en la cama y no se movió durante minutos. Luego sacó de debajo de la capa un gran pañuelo manchado de sangre y se limpió larga y detenidamente la nariz.

—Esto solo puede pasarme a mí —sollozó—. Mamá me lo había advertido categóricamente.

—¿Qué te advirtió? —preguntó curioso Anton. Detrás del escritorio se sentía considerablemente mejor.

El vampiro le lanzó una mirada colérica.

—¡Es que uno, como vampiro que es, tiene un estómago sensible, tonto! Lo dulce es veneno para nosotros.

A Anton le dio mucha lástima.

—¿Entonces sí toleras el jugo de manzana? —quiso saber.

El vampiro dio un grito de espanto.

—¿Quieres envenenarme? —bramó.

—Perdóname, por favor —dijo Anton avergonzado—, solo pensaba que...

—Está bien.

Al parecer, el vampiro no se lo había tomado a mal. “Realmente es un vampiro muy simpático”, pensó Anton, “a pesar de su aspecto tan horroroso”. De cualquier modo, él se había imaginado mucho más horribles a los vampiros.

—¿Ya eres viejo? —preguntó.

—Viejísimo.